

sería esta la educación de un ser humano.

¿Qué ideal ha de tener la escuela?

Se me ocurre que acaso me digáis: Sí, señor; la escuela ha de tener un ideal; ¿pero qué ideal? Porque los ideales pueden ser muchos.

A esto os respondería que, para mí, lo importante no es que la escuela tenga *un ideal* determinado, particular, concreto, sino que tenga *una idealidad*. No soy partidario de imponer a los niños ninguna doctrina cerrada. A los casinos librepensadores republicanos, les diría: Es natural que queráis fundar escuelas laicas y cívicas, pero no fundéis escuelas del partido republicano. A los centros nacionalistas, les diría: fundad escuelas catalanas; no las fundéis catalanistas.

Respetad la libertad del niño. Procurad que el día de mañana vuestros hijos tengan un ideal, pero no les exijáis que tengan el mismo que vosotros. ¿Véis la diferencia entre un ideal y una idealidad? La idealidad es el tono común, la nota común a todos los ideales. Lo que importa, pues, es que la escuela y la vida entera del niño estén envueltas en un ambiente de idealidad.

Escuelas laicas y escuelas católicas

La escuela ha de tener un alto sentido moral, decimos; la escuela ha de tener una idealidad, la escuela ha de tener un alma. En esto estamos conformes. Pero surge la cuestión de saber si esta alma de la escuela debe ser confesional católica, o simplemente religiosa, pero no confesional, o neutra en materia de religión, o laica o antirreligiosa. Aquí y ahora, la lucha está entablada principalmente entre la escuela católica y la escuela neutral. Y, al surgir esta cuestión, de tal manera apasiona los ánimos, que muchas veces olvidamos la otra cuestión, la que constituye el fundamento de ésta,

y es, en todos sentidos, verdaderamente fundamental. Olvidamos que la escuela ha de tener un alma.

Me explicaré. Hay católicos que se figuran que con fundar una escuela con mucho rezo y mucha doctrina cristiana, ya han fundado una perfecta escuela. Se equivocan. Las oraciones pueden ser puramente maquinales; el catecismo estar aprendido sólo de memoria y por rutina; la escuela no tener un alma. Con poner la asignatura de religión, nada se ha puesto, si al mismo tiempo no se pone virtud, afecto, entusiasmo, calor del corazón.

Y hay también librepensadores que juzgan que con suprimir la religión ya lo han hecho todo. «Tenemos una escuela laica», dicen muy ufanos. Sustituyen el Santo Cristo por un busto en yeso de la República, y ya se creen que están resueltos todos los problemas. Se equivocan también, y a veces con la mejor fé del mundo. De nada sirve suprimir el catecismo si no se da a toda la escuela un tono elevado, si en ella no florecen los sentimientos más puros y libres de la humanidad.

No pregonéis a gritos como el gran mérito de vuestras escuelas: «¡Aquí se enseña el catecismo!»; o bien: «¡Venid aquí, que no hay catecismo!»; No. Yo creo, oidlo bien, que la lucha entre la escuela católica y la escuela neutral, tiene una extraordinaria importancia. Personalmente, he tomado y tomaré toda parte que pueda en esta lucha. No debe, sin embargo, hacernos olvidar que de ella sola no depende el porvenir de la escuela. Cuando habléis de vuestras escuelas, no dejéis de explicar si la instrucción religiosa se da o no se da, o se da sólo a algunos. Pero decid antes cómo entendéis la educación moral, decid que tenéis un ideal de perfección humana, decid que vuestras escuelas tienen un alma que interiormente las vivifica.

LUIS DE ZULUETA

AGRADECEREMOS a los suscritores la cancelación de los recibos